

PARA ELLAS

Cuando era pequeña, todos los viernes iba a visitar a mi abuela Margarita después del colegio. Estaba toda la semana esperando con ilusión que llegara ese día, porque me encantaban las increíbles historias que contaba, cuyos protagonistas eran siempre personas valientes que superaban muchos problemas y al final conseguían ser felices.

Ella vivía en una casa llena de libros y muebles viejos en Madrid, pero añoraba el pueblo donde vivió de niña. La casa tenía un olor especial, una mezcla de comida recién hecha y papel antiguo que me encantaba. Nada más entrar por la puerta ella me decía:

-Toma Ana, tu bocadillo de chorizo que te veo muy delgada.

Siempre me obligaba a comerlo todo si quería que me contara sus historias.

-Tienes que comer para crecer y ser una chica fuerte - me decía y después empezaba su relato.

Recuerdo con especial cariño una historia sobre una niña, Gertrudis, que vivía en una familia muy grande, pero con pocos recursos, por lo que no podía permitirse el lujo de ir a la escuela. Sin embargo, Gertrudis era muy curiosa y todos los días se escapaba de casa para poder observar, desde la distancia, a los maestros que enseñaban a los niños agorbinados que sí podían permitírselo. Y así, a través de una grieta, una ventana o una puerta entreabierta, utilizando una rama como lápiz y la tierra del suelo como papel, aprendió a sumar, restar, leer y escribir entre otras cosas.

Ella tenía una imaginación enorme y cada día, mientras trabajaba en el campo con su padre subida en la mula, se imaginaba que era una persona diferente. En ocasiones era una princesa atrapada en una torre, otras una amazona que iba montada en un precioso caballo lista para recorrer mil aventuras, incluso un águila que volaba alto y viajaba por todo el mundo.

Una vez, entró en la habitación de su padre para dejarle la ropa limpia cuando este no estaba. Entonces, vio que encima de su escritorio tenía lápices y hojas como las que usaban los niños en la escuela, dudó un momento por si su padre se enfadaba, pero finalmente decidió cogerlos; esto le ayudaría mucho a aprender. Se los llevó a su habitación y empezó a escribir, como pudo, las historias que inventaba para escapar de su realidad.

Desafortunadamente, su padre se dio cuenta de que le faltaban y averiguó que ella había cogido sus cosas. Encontró en su habitación los papeles y cuando vio lo que había escrito, se sorprendió y le preguntó cómo era posible que supiera escribir. Ella no tuvo más remedio que confesar que todos los días se escapaba para ir a la escuela y su padre se enfadó mucho y la prohibió volver a ir.

Y así pasaron los años, y esa niña curiosa y con ganas de aprender se hizo mayor y aceptó el hecho de que nunca iba a poder ir a la escuela y todas las historias que inventaba eran solo eso, historias, vidas perfectas que nunca podría vivir. Hasta que, cuando tenía veinte años, su vida dio un giro de 180 grados.

Una mañana de mayo estaba recogiendo fresas con sus hermanas cuando apareció un hombre montado a caballo. El hombre resultó ser un escritor que había llegado al pueblo en busca de inspiración, pero no tenía donde dormir y su padre le ofreció quedarse en su casa, para así poder tener unos ingresos extra. La joven, fascinada por su oficio, le observaba escribir desde la puerta y cuando este dejaba sus escritos encima de la mesa, los leía maravillada, hasta que, una tarde, él la pilló leyéndolos. La chica pensó que él se enfadaría, sin embargo, pasó todo lo contrario. El hombre le preguntó qué opinaba sobre ellos y se ofreció a enseñarle a leer y escribir. Para sorpresa de él, Gertrudis aprendía muy rápido y al cabo de pocos meses, ya estaba escribiendo sus propias historias.

Un año después, se casaron y siguieron escribiendo siendo uno la musa del otro. Por desgracia vivían en un mundo donde no estaba bien visto que las mujeres trabajaran fuera de casa, por lo que la mujer no podía publicar sus obras. No obstante, su marido, quien pensaba que los textos de su amada eran increíbles, le ofreció publicarlos bajo su nombre. Y así lo hicieron durante muchos años, hasta que él murió y ella decidió arriesgarse a publicar un libro con su firma. Este fue el primer y último libro que publicó bajo su nombre y aunque fue el menos vendido, fue siempre su favorito.

Aquella historia me inspiró para tomar el camino de la escritura. Mi abuela, sin saberlo, despertó en mí la curiosidad por la lectura y la escritura que tanto han aportado en mi vida y que también me ayudaron en uno de los momentos más difíciles de la misma, el fallecimiento de mi abuela. Tuve que ayudar a mi padre a recoger los cosas de su casa. Queríamos donar los libros a la escuela de su amado pueblo, por lo que tuvimos que hacer un listado de todos ellos y empaquetarlos con cuidado.

Así, mientras organizábamos el envío, encontré una caja con papeles manuscritos que llamaron mi atención. Todas las historias que mi abuela me contaba estaban escritas en ellos con una caligrafía antigua e impecable y firmadas por G.G. La caja también contenía un diario con una historia que me recordaba mucho a mi relato favorito, pero no era igual. El diario acababa con el nacimiento de una niña que se llamaba como mi abuela, Margarita Rodríguez García y entonces lo descubrí: ¡era el diario de mi bisabuela! G.G. eran las iniciales de su nombre.

Esas historias que yo adoraba y que pensaba que eran producto de la enorme imaginación de mi abuela en realidad no lo eran. Ahora sé que ella me contaba los cuentos que su madre escribió y que la niña que protagonizaba mi historia favorita era en realidad mi bisabuela, pero el final feliz que ella le daba a esta en la realidad no fue así. Gertrudis no se casó con un escritor que le permitía escribir y publicar obras con su nombre, sino que se casó con un granjero y tuvo que aprender a leer y escribir por su cuenta a partir de lo que aprendió en la escuela. Además, escribía a escondidas y nunca pudo publicar nada de ello.

Conmovida por la dura vida que tuvo mi bisabuela, decidí que culminaría su obra. Aunque adaptándolos un poco, publiqué sus escritos bajo su nombre y en la dedicatoria puse: "A Gertrudis, Margarita y todas aquellas mujeres que no pudieron cumplir sus sueños".